

622990000001

CES XIX

125

125/1

# UN ALCALDE CONSTITUCIONAL,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

**DON MANUEL NOGUERAS.**

Representado por primera vez en el teatro de Novedades de Madrid el 23 de  
Octubre de 1865.



*Se amigo*

*El autor*

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.

## PERSONAS.

## ACTORES.

BASILISA.....	D. <sup>a</sup> DOLORES CARCELLER DE JUNCOS.
ELEUTERIA.....	D. <sup>a</sup> ANTONIA LATORRE.
DON BRUNO.....	D. JOSÉ BANOVIO.
MIGUEL.....	D. RAMON MAZO.
ULPIANO.....	D. ATANASIO MARÉ.
ROSENDO.....	D. FRANCISCO ARELLANO.
UN HOMBRE DEL PUEBLO.	D. VICENTE SANCHEZ.

La escena es en casa de D. Bruno, en Leganés. Sillas, mesas, un armario grande, un velador, etc., etc.

2042

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administración Literico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todas las poblaciones del reino.

Queda hecho el depósito que exige la ley.



## ACTO ÚNICO.

### ESCENA PRIMERA.

BRUNO y MIGUEL.

BRUNO. Con que dices que llegarán hoy?

MIGUEL. Si señor, así me lo escriben.

BRUNO. Cuánto me alegro, hombre; mi buen hermano, mi querido Ulpiano, á quien hace ya seis años que no veo; ya se ve, las graves obligaciones que sobre mí pesan en este pueblo como alcalde constitucional, me han impedido que haya ido á verle aunque no hubiera sido mas que una vez, pero hoy pienso desquitarme. Y del pleito ¿qué te dice? ¿concluyó bien y á su gusto?

MIGUEL. Si señor; va sabe usted que esto ha obligado á mis padres á estar un año en Madrid, pero felizmente ha terminado, y ya está mi padre en posesion de los bienes que se cuestionaban.

BRUNO. Me alegro; y asciendé á mucho la herencia?

MIGUEL. Creo que á unos doscientos mil reales.

BRUNO. Cáspita! buen pellizco! unido eso á lo que poseiais en las Navas, sereis casi los mas ricos del pais.

MIGUEL. Pst, podremos pasarlo regular; por eso mismo, tío, quisiera que acabara usted de decidir á Eleuteria; ya ve usted, la fortuna de mis padres se ha aumentado considerablemente, soy único heredero de todos sus bie-

nes, y el amor que le profeso en vez de disminuirse se aumenta de dia en dia... con que ya ve usted...

BRUNO. Si veo; pero como yo no he de casarme con ella, á mí no me está bien... ademas que mi posicion como alcalde... pudiera rebajarse... y no debo de ningun modo...

MIGUEL. Pero tio...

BRUNO. Pero sobrino...

MIGUEL. Interponga usted su autoridad, hágale usted ver que solo de ese modo será feliz, convénzala usted y oblíguela en último caso.

BRUNO. Niño! que estás diciendo? obligar á mi hija? nada de eso: yo soy alcalde constitucional, se me ha mandado que gobierne bajo este sistema y quiero que todo el mundo sea libre... y que viva la Constitucion. Pues no faltaba otra cosa! ya no estamos en aquellos tiempos en que se forzaba la voluntad, ni cómo habia yo de consentir que todo el pueblo hiciera lo que le acomodase, y que mi hija fuera esclava de mi mandato? No señor, mi hija es una ciudadana, es libre, y si por haber nacido hembra no puede ser concejal, ni alcade, ni otras muchas cosas, por lo menos será ciudadana... libre, y viva la Constitucion.

MIGUEL. Pero tio, está usted desbarrando.

BRUNO. Yo sé lo que me digo.

MIGUEL. De manera que segun usted se explica la dejaria tan libre en su eleccion, que si mañana quisiera casarse con un quidam...

BRUNO. Quién es ese señor?...

MIGUEL. Un cualquiera, un hombre sin fortuna, sin buenos antecedentes, quizá de malas costumbres, le entregaria usted su hija y su dote sin el menor escrúpulo?

BRUNO. Yo lo creo: como fuera la libre voluntad de ella, seria inmediatamente su esposa, si señor, le entregaria mi hija, y el dote... Hombre, respecto al dote no sé si dice la Constitucion si es libre ó no, tendria que consultarlo.

MIGUEL. Con que no me queda esperanza?



BRUNO. Pero hombre, te la quito yo? te la arrebató mi autoridad? La Constitución dice que todo ciudadano es libre y puede tener las esperanzas que quiera: ten todas las que te dé la gana; aunque me parece á mí que en lugar de esperanzas deberías tener mas brios, mas decisión: habla á mi hija, procura agradarla y verás como adelantas camino.

MIGUEL. Si ya lo hago, pero...

BRUNO. Pero... qué?

MIGUEL. Que no me hace caso: como está siempre embebida con la lectura de esos librotos y no atiende mas que á ellos...

BRUNO. Oh! es una erudita! Lo mismo era su madre; mientras estaba leyendo alguna novela ó algun cuento no se la podía distraer; no le importaba que se hundiera la casa: si alguna vez lloraban los chicos, ó ladraba el perro porque los vecinos se llevaban las uvas de la parra, ó cualquier cosa semejante, se incomodaba porque la distraían, rompía lo primero que le venia á la mano, y se encerraba en el desván á continuar la lectura; oh! las novelas fortifican el alma!

MIGUEL. Pero debilitan el cuerpo.

BRUNO. Y mi hija es parecida en todo á su madre: no cose bien, ni plancha, ni guisa, porque esos son mecanismos fútiles, como ella dice... pero en cambio pregúntale quien fué Har de Islandia y La jama y toda esa cáfila de señorones antiguos, ya verás. Conque nada, háblale de esos sujetos, que tienen grandes simpatías con ella, ponle flores en la ventana, dale alguna serenata, llama en tu auxilio la gaita y el tamboril, hombre, y verás como te hace caso, y si por casualidad no lograses agradarla, ten paciencia, hijo mío, y busca otra novia, que yo no he de torcer su libre voluntad, antes bien como buen padre y buen alcalde la protegeré como ciudadana libre... y viva la Constitución.

MIGUEL. Está bien, tío, haré lo que usted me dice.

BRUNO. Y ya verás como te tranquilizas. Vaya, adios; voy un

momento al consistorio, que me esperan para arreglar eso de bienes, y adios.

## ESCENA II.

MIGUEL.

MIGUEL. Puede hallarse hombre alguno en situacion tan rara como la mia? Enamorado hasta los huesos de esta prima, que Dios me dió, y sin conseguir jamás que me atienda, porque dice que no soy romántico! yo soy como Dios me hizo! Pobre Miguel! si mi tia viviera de seguro que no sucederia esto: pero ya se vé, murió dejando á su hija muy jóven y la educacion que le han dado no podia traer otras consecuencias: el padre, que es un camueso de primer órden, no tiene otro afan que el gobierno y la Constitucion!... pobres leyes, en buenas manos habeis caido! y la hija abandonada á sí propia, no piensa mas que en novelas y folletines, y... asi va ello. Y no he de conseguir que me atienda?

## ESCENA III.

DICHO y ELEUTERIA, que sale leyendo en un libro; su traje es el de una lugareña de las inmediaciones de Madrid con ribetes de señora de la corte.

ELEUT. Y abrazados los dos amantes (*Leyendo.*) espiraron en medio de los mas crueles dolores: sus almas volaron juntas al Empíreo. Ah! Siempre importunos! (*Reparando en Miguel.*)

MIGUEL. Buenas tardes, prima.

ELEUT. Adios, Miguel.

MIGUEL. Qué lees?

ELEUT. Una coleccion de folletines que me han traído de Madrid. Son deliciosos!

MIGUEL. Cuándo querrá Dios que dejes los libracos, y te dediques á otras cosas!



ELEUT. Nunca: qué otras cosas son esas? á qué otras cosas debe dedicarse una mujer cómo yo? Una mujer que nacida bajo la influencia del signo Géminis, busca llorando el otro géminis que e falta! porque no tengas duda, Miguel, todos nacemos destinados, y mi destino es llorar hasta que encuentre la persona que Dios me concedió al nacer, y unidos formemos el signo que presidió mi nacimiento! Pero tú no entiendes eso!

MIGUEL. Si que lo entiendo, prima, y tal vez sea yo el predeterminado...

ELEUT. Tú! (Riendo.) já, já, já! Pobre primo! Deliras! no lo creas, no eres tú la persona que yo ansio, y que voy buscando desde que nací; mírate al espejo que él se encargará de convencerte: tú, sin bigote, sin pera, ni pelo largo... tú con ese traje y esos colores, nunca has podido nacer predeterminado para una mujer como yo!

MIGUEL. Vamos, déjate de tonterías y hablemos como Dios manda...

ELEUT. Tonterías! tú llamas tonterías á mis palabras, á los impulsos de mi corazón!

MIGUEL. Si; déjate de fibros y novelas que no entiendes, y piensa en lo que debes pensar: en casarte, en ser una buena esposa, una buena madre, y cuidar de tu casa y de tus hijos, cuando los tengas. Lo demas es trocar los frenos, es ofender á Dios.

ELEUT. Has concluido? pues ahora me toca á mí; y desde luego te descubriría un secreto que te obligaria á desistir del tus proyectos si fueras un caballero de la Tabla redonda, ú otro personaje por el estilo: hay un inconveniente muy grande que se opone á nuestro casamiento...

MIGUEL. Cuál es?

ELEUT. Ese es el secreto que no puedo revelar.

MIGUEL. Eleuteria, cualquiera que sea yo te juro que nadie lo sabrá; dímelo, y si es tal que me obligue á renunciar á tu mano, yo te aseguro que desistiré desde ahora, y no volveré á incomodarte.

ELEUT. (Qué haré? á trueque de verme libre de él, bien puedo...) En efecto, me juras no decir á nadie...

MIGUEL. Por Dios! Si, habla.

ELEUT. Pues oye, y verás que no soy tan tonta como tú crees. Ya recordarás que hace dos años me llevó mi padre á Madrid; era el carnaval de mil ochocientos sesenta y dos. Habitábamos una casa magnífica, un palacio diría mejor, en la calle de la Ternerá; mi buen padre tuvo que venir precipitadamente á Leganés, y me dejó encomendada á la dueña de la casa. Yo vírgen todavía á las diversiones de Madrid, supliqué á aquella bendita señora que me llevara á un baile de máscaras; accedió, y una noche nos dirigimos al gran baile de los salones de Capellanes... Cuanto yo habia soñado, cuantas ilusiones se habia forjado mi mente, todo quedó oscurecido al admirar la suntuosidad del baile, la brillante orquesta, la escogida sociedad... el bullicio!... Aquel asombroso conjunto produjo en mí un arrobamiento... un éxtasis de estupefacción... una especie de letargo embriagador que no podía desechar... De repente, y sin saber cómo, se presentó delante de mí un caballero con la figura mas simpática que he visto...

MIGUEL. Gracias.

ELEUT. Me pidió una polka con la mayor cortesía, y se la otorgué: bailamos; no sé lo que por mí pasó durante aquella polka y las que le siguieron, solo puedo decirte que al llegar á casa no llevaba corazón, pues lo habia perdido en el baile.

MIGUEL. Y todavía no le has encontrado?

ELEUT. No te burles: como le ofrecí mi casa, vino á verme todos los días mientras mi padre estuvo en Leganés, y poco á poco quedé cautiva hasta el punto de no vivir si no por él, y para él.

MIGUEL. No me parece mal; conque estás enamorada?

ELEUT. Perdidamente!

MIGUEL. Bien; pero todavía no me has dicho cómo se llama tu amante, ni si le has vuelto á ver, ni...



ELEUT. Pues sí que le he visto, y le veo todas las semanas: viene los sábados por la noche desde Madrid, y se vuelve antes de amanecer... por supuesto, guardando siempre el mas riguroso incógnito.

MIGUEL. Incógnito!

ELEUT. Si, señor; pues quién te figuras que es?

MIGUEL. (Con ironía.) Algun príncipe perseguido?

ELEUT. Nada menos.

MIGUEL. Qué dices?

ELEUT. Como lo oyes; se firma Rosendo, príncipe de Farfalla, y está disfrazado trabajando en una peluqueria en la calle de Embajadores.

MIGUEL. Ya caigo; algun pillo que ha abusado de tu inexperiencia y credulidad.

ELEUT. Señor Miguel! qué es eso de pillo? no puede serlo quien tiene figura y modales tan distinguidos; no puede serlo quien manda cartas como esta, (Sacando una.) con sus armas y esta firma que huele, que trasciende á caballero, mírala... (Se la enseña y la deja sobre la mesa al contestar.)

MIGUEL. No quiero verla, inocente! te has dejado engañar? . . Y tu padre nada sabe?

ELEUT. Nada absolutamente.

MIGUEL. Pues yo le prevendré, yo le haré saber...

ELEUT. Si? pues date prisa, porque dentro de dos horas vendrá mi príncipe y huiré con él á Madrid para ser desposada esta misma noche.

MIGUEL. Qué dices, desgraciada? huir con él...

ELEUT. Si, señor; esta noche seré princesa de Farfalla.

MIGUEL. No quiero escuchar mas, adios.

#### ESCENA IV.

ELEUTERIA.

Adios. Corre, corre, ignorante; anda á contárselo todo á mi padre, que si hoy soy la hija del alcalde de Lega-

nés, esta noche se realizarán todos mis ensueños, y vosotros quizás seais los primeros que arrastrándoos á mis pies vengáis á implorar mi gracia. Pero no perdamos tiempo en razonamientos inútiles; aun cuando Rosendo me dice que no lleve cosa alguna de mi equipaje, que desde luego comprendo que no es el que conviene á una princesa, tampoco debo marcharme sin mis alhajas y alguna que otra prenda... sí, ropa blanca... alguien sube; mi padre! huyamos. (Deja la carta.)

### ESCENA V.

D. BRUNO, con papeles.

Bendito Dios y qué jaleos se mueven, y qué trabajos nos cuesta á las autoridades constituidas las tales cuestiones de amortizacion. Unos opinan de una manera, otros de otra, y yo que no opinaria de ninguna me quedo estático entre tanta opinion. Lleve el diablo tanto embrollo, que me vuelven loco! Señor, hay cosa mas natural que lo que he dicho en mi discurso en el ayuntamiento? Que se repartan los bienes entre todos nosotros... y viva la Constitucion: pero el señor cura dice que no es eso lo que debe hacerse, que así padece la ley, y no quiero yo que á la ley se le falte de ninguna manera... qué carta es esta? (Leyendo el sobre.) «Para tí, »vida mia.» Canario! para mí? y de quién soy yo vida? Veamos. (La abre.) «Luz de mi corazon, alma de mi alma,» cuerno! «son las cinco y aprovecho la ocasion »de pasar á esa la tia Colasa para advertirte que no olvides las nueve de esta noche.» Qué diablos es esto? Veamos la firma. «R. Príncipe de Farfalla.» Eh? quién es este señor? continuemos: «Por fin, Eleuteria adorada, va á llegar el suspirado momento de que nos una »el sacerdote; esta noche serás mia.» Eso es, y viva la Constitucion! y qué quiere decir todo esto?



ESCENA VI.

BRUNO, ELEUTERIA.

ELEUT. (He olvidado mi carta... (Reparando en Bruno.) Ah! mi padre!)

BRUNO. Me alegro de que vengas tan á propósito. Quieres decirme si es tuya esta carta?

ELEUT. Padre... yo... no sé...

BRUNO. Nada de preámbulos ni medias palabras.—Es tuya?

ELEUT. Pero padre...

BRUNO. No hay padre que valga. Mi autoridad constitucional ejerce en este momento su accion sobre tí, y necesita respuesta categórica. Responde.

ELEUT. Pues.. si, señor.

BRUNO. Y la has leído?

ELEUT. Si, señor.

BRUNO. Y la comprendes?

ELEUT. Si, señor.

BRUNO. Me alegro: así me descifrarás su contenido, que no he llegado á entender.

ELEUT. Pero...

BRUNO. Silencio: contesta á mis preguntas. Como yo no entiendo mucho de estas cosas, necesito que me las expliquen. ¿Esto es alguna carta de amor?

ELEUT. Si, señor.

BRUNO. Conque tienes amores?

ELEUT. Si, señor.

BRUNO. Conque segun dice aqui, tienes el pensamiento de abandonar esta noche tu casa y familia para casarte?

ELEUT. Si, señor.

BRUNO. Y piensas que yo lo consentiré?

ELEUT. Si, señor.

BRUNO. (Remedándola.) No, señor; de ningun modo: qué se diria de nosotros? qué concepto formarian las gentes de mi individualidad? qué lugar ocuparia entonces mi autori-

dad constitucional entre las personas sensatas? La Constitución dice que los hijos deben estar sujetos á los padres, y la Constitución debe observarse.

ELEUT. Eso digo yo.

BRUNO. Pues eso.

ELEUT. Pues eso mismo es lo que me autoriza.

BRUNO. Cómo?

ELEUT. Yo no he leído nunca la Constitución; pero usted que tanto la vocifera la habrá leído?

BRUNO. Algo.

ELEUT. Pues bien; no dice usted que según ella todos los ciudadanos son libres?

BRUNO. Justamente.

ELEUT. Y los ciudadanos?

BRUNO. También... es decir, según y conforme. Tanto ellos como ellas son libres en todo lo que no afecta al código ni á las reglas de moral... ni á otras muchas cosas...

ELEUT. Pues bien, yo soy libre para casarme puesto que haciéndolo ni fulto al código... ni á la moral, ni á nadie.

BRUNO. No nos entendemos y vamos á embrollarnos. Procedamos con calma en esta cuestión. Yo aunque he leído algo de la Constitución no recuerdo que diga cosa alguna respecto á los casamientos, y no diciéndolo desde luego me opongo y ni permitiré tampoco que esta noche huyas de esta casa ni que des tu mano á nadie. Ahora mismo voy á llamar al alguacil y que se reúna la ronda para prender... y á propósito, todavía no me has dicho quién es tu novio, qué profesión tiene, cual es su opinión política, su posición, etc., etc...

ELEUT. Mi novio tiene la profesión de príncipe.

BRUNO. Qué?

ELEUT. Príncipe.

BRUNO. Real?

ELEUT. Y efectivo: ya ha visto usted la firma.

BRUNO. Ahora me opongo mas á tus ideas: ese hombre es realista, y mi autoridad no consiente mas que constitucio-



nales... y viva la Constitucion. Tales son las órdenes del gobierno.

ELEUT. Pero si está usted haciendo un amasijo, que no lo entiende nadie... en resumidas cuentas, ese hombre... ese caballero... Su alteza Rosendo no tiene mas opinion que la de amarme, y seguirá la que yo le mande.

BRUNO. ¿Y cuál es la tuya? Eres constitucional?

ELEUT. Padre, las mujeres no tenemos opinion.

BRUNO. Lo dirás tú; algunas conozco yo, y bien encopetadas, que tienen y han tenido muchas, sin contar las que les falta por tener.

ELEUT. Por último, aquí no se trata de opinion, sino de casarme; ya ve usted el brillante partido que se me ofrece con el único á quien adora mi corazon; si usted no quiere que huya con él, dénos usted su consentimiento y se celebrará la boda sin ruido, aunque á mí me gustaría que hubiese un poco de movimiento.

BRUNO. El cual puedo yo darte con un buen garrote.

ELEUT. Pero yo confío en que no lo hará usted. Vamos, padre, sea usted humano y concédame esta gracia; ya sabe usted que él ha de venir esta noche... y cuál será su sorpresa si en lugar de robarme se encuentra con que usted consiente?

BRUNO. (Por vida de la muchacha!) Yo creo que mi autoridad constitucional se rebaja... pero en fin toda vez que esta noche llegan tambien tus tíos, consiento. Nos presentará á su alteza, conocerá á toda la familia, te casarás con él... y viva la Constitucion! Por supuesto será príncipe constitucional, porque aquí no admitimos otros.

ELEUT. Será todo lo que yo quiera que sea. Qué bueno en usted!

BRUNO. Yo suegro de un individuo de casa real! Mira, advierte á Ceferina que prepare el comedor, tú puedes ayudarle... poned en las ventanas las dos colchas de filipichin que estan en el arcon grande, así no se verán los encerados, colocadlas á manera de cortinajes; sacad los seis vasos de vidrio rayado, y la castaña del aguardien-

te; azúcar en el plato, la jarra blanca para el agua, y las tres palmatorias. Colgad el candil grande en la escalera para que su alteza vea la subida, y en fin, preparadlo todo á vuestro gusto siquiera para que no diga tu novio que somos unos záfios, y que no sabemos obsequiarle como se merece una persona de su clase: me marchó; de paso avisaré al cura para que esta misma noche os despose: estás contenta? Ah! ya me olvidaba, voy á asomarme al camino á ver si llegan tus tíos. Santo Dios, qué día! Entre el ayuntamiento, los bienes de amortizacion, el casamiento... pero nada, nada, adelante, para eso soy alcalde constitucional... y viva la Constitucion.

## ESCENA VI.

ELEUTERIA.

ELEUT. Qué contenta estoy! Llega por fin á realizarse mi mas risueña esperanza! y aun cuando para este matrimonio hacen falta algunos preliminares, como el rapto, dar un narcótico á mi padre, ó cualquiera friolerilla por el estilo, ya me desquitaré despues: tengo mi plan; en en cuanto me case iremos á un bosque desierto, ó á Torrejon, ó á Villaverde ó cualquier otro punto, desde allí saldremos para Joló, veremos los indios, que se prosternarán ante nosotros al saber que somos príncipes proscritos y nos alojarán en un palacio con su magnífico jardin lleno de palmeras, á cuya sombra sobre el verde cesped... qué de ratos agradables me esperan! Despues pasaremos al castillo de Iff, donde estuvo mi héroe, recorreremos aquellas vastas habitaciones, y gozaremos con los recuerdos de lo que allí ha acontecido, y así pasando el tiempo, esperaremos (Empieza á oscurecer.) que acabe la proscripcion de mi esposo, y entonces á su vuelta del ostracismo, cuando entremos en la capital de nuestro reino, cuando me



vea en medio de la corte, donde todos me agasajarán á porfia, con tantas señoronas á mi servicio, y tantos vestidos bordados, con la cola muy larga... porque eso sí, tres vestidos por dia he de estrenar... Dios mio, qué gusto! Yo creo que voy á volverme loca con tanta dicha! Pero la noche avanza, Rosendo va á llegar, y yo tengo que preparar la habitacion para el convite: vamos, vamos; no hay que perder tiempo. (Oscuro.)

### ESCENA VII.

ROSENDO por una ventana.

Cáspita, creí que me rompía el bautismo! diablo con la ventanita y con la pared, yo creo que cada dia es mas difícil la subida; por fin, ya estoy en salvo. Vaya una aventura! todo un barbero de las Navas del Marqués, y peluquero en la calle de Embajadores de Madrid, saltando tapias y ventanas por casarse con doña Eleuteria Cienco-ces, hija única del alcalde de este pueblo? La chica no es gran cosa, pero el padre debe tener mucho dinero y esta cualidad me la transforma en seductora, y aérea, y qué sé yo qué mas. Pero me extraña no hallarla aqui; es verdad, que como me he adelantado un poco á la hora que le decia en mi carta... En fin, todo está preparado para nuestro casamiento, que hoy quedará secreto, pero que mañana publicaré, dando al demonio las navajas, las tijeras y los hierros. Creo que se acerca gente... suben por este lado, malditos importunos... me ocultaré... ah! aqui, en este armario!... Dios quiera que se marchen pronto.

ESCENA VIII.

BRUNO, MIGUEL, ULPIANO, BASILISA, ROSENDO, oculto. Un aldeano con luz.

BASIL. Jesus, Jesus, qué calor, y qué fatiga; yo creo que este pueblo se aleja cada vez mas, y como hemos venido á pié desde Madrid, y ese condenado Ulpiano anda tan despacio, creí que no acababamos de llegar. Gracias á Dios! (Sentándose y abanicándose muy fuerte.)

BRUNO. Mi querido Ulpiano, qué gordol y qué bueno te encuentro!

ULPIANO. Adentro, vamos?

BRUNO. No, si no digo eso.

ULPIANO. Queso? poco debe quedar, porque hemos comido de él todo el dia.

BRUNO. Qué aproveche.

ULPIANO. Leche, si; dos cantarillas te traigo llenas.

BRUNO. Muchas gracias.

ULPIANO. Las desgracias? está te contará; creo que no fué nada.

BRUNO. Sigue tan sordo como siempre. Y qué desgracias son esas?

BASIL. Ah, si! (Que ha estado hablando con Miguel.) Lo de las fiestas: pues nada, Bruno; que se ha toreado este año el toro del alcalde, y el buey del escribano, pero con toreros de Madrid! no creas tú; y sobre si este sitio era tuyo ó era mio, se dieron unos cuantos palos en la plaza y á un torero una pedrada en la frente, que lo dejó sin sentido... fuera de esto cuatro ó seis navajazos que hubo en la taberna, y una casa que quisieron quemar... pero nada... ya sabes que aquel pueblo es muy quieto. Conque qué me decias de Eleuteria?

BRUNO. Qué habeis llegado en la mejor ocasion, porque esta noche la caso, y asistireis en la ceremonia.

MIGUEL. Con que es cierto, tio?

BRUNO. Cuando yo lo digo...



- BASIL. (Incomodada.) Y hace buena boda? Qué tal el novio?... Será muy rico y muy buen mozo, porque para que deseches á mi hijo, que es como unas natas...
- MIGUEL. Madre...
- BRUNO. No soy yo, es ella la que lo ha desechado: yo no torceré nunca la voluntad de mi hija, siempre que opine como yo, ya os lo he dicho, soy constitucional... y viva la Constitución!
- BASIL. Pero qué demonio tiene que ver la Constitución con el casamiento... en fin, quién es ese novio?
- BRUNO. Es... un príncipe perseguido.
- BASIL. Já, já, já! Y tú le has visto? (Riendo.) Le conoces?
- BRUNO. Ni le conozco, ni le he visto en mi vida; cómo yo no me he de casar con él, he dejado á mi hija ese cuidado. Pero pronto quedaremos satisfechos, porque viene esta noche á las nueve, y le podremos ver á nuestra satisfacción. Yo solo sé que es príncipe constitucional, que es lo que me interesa.
- BASIL. Y tú que blasonas de igualdad y Constitución, has aceptado ese novio por el interés: sí señor, por el interés. (Movimiento de Bruno.) Has oído, Ulpiano, no quiere que se case su hija con este pino de oro!
- ULPIANO. Qué te ha cogido un toro? Lo mismo le pasó á don Melquiades en el pueblo.
- BASIL. (Á un tiempo.) Vete al demonio! por el interés, por el vil interés... si señor, lo digo y lo repito!
- BRUNO. (Id.) Aquí no ha habido interés para nada, yo te lo aseguro, no le ha agradado tu hijo...
- MIGUEL. (Id.) Eso es una farsa, no puede menos; ese hombre será un farsante y se aprovecha de la incapacidad de mi tío.
- ULPIANO. (Id.) Lo que necesito? irme á la cama cuanto antes, porque me duele mucho esta pierna. (Dan las nueve.)
- BRUNO. ¡Silencio! mucho silencio, por Dios, que va á llegar. (va hácia la puerta con agitación.)
- BASIL. Qué pantomimas son esas? quién va á venir?
- BRUNO. Su alteza; descubrios, y preparaos para recibirle, oigo
- :

...pasos, fuera los sombreros... se acerea... arrodillaos...  
(Se arrodillan.) Serenísimo señor... (Arrodillado junto á la  
puerta del foro.)

### ESCENA IX.

DICHOS y un HOMBRE.

HOMB. Señor alcalde?!...  
BRUNO. Quítate de ahí, mastuerzo, arrodíllate; (Le hace arrodillar,  
al otro lado de la puerta del foro enfrente de él.) sube ya por  
la escalera... venia detrás de tí, eh?  
HOMB. ¿Quién?  
BRUNO. Su alteza. El príncipe.  
HOMB. Detrás de mí no viene nadie; lo que yo vengo á decir á  
usted, que el tío melonero y Narizotas, han visto á un  
hombre saltar por esa ventana, y creen que es un  
ladron. (Se levantan todos.)  
BRUNO. Ladrones, en mi casa! favor á la justicia! Vecinos, so-  
corro! Eleuteria! Ceferina! traed la escopeta!  
MIGUEL. No hay que alborotar tanto. Es un hombre solo, y no-  
sotros somos cuatro.  
BRUNO. Avisa á todo el pueblo. (Al hombre.)  
BASIL. Que me muero, favor... ladrones... Vamos, Ulpiano...  
que hay ladrones!  
ULPIANO. Prisiones?... ya decia yo que este alcalde...  
BRUNO. Muchachaaas!!! (Gritando.)

### ESCENA X.

DICHOS, ELEUTERIA.

ELEUT. Pero qué sucede? qué gritos son estos?  
BRUNO. } Que hay... ladrones en casa... y...  
BASIL. }  
ELEUT. ¡Jesus!! y los han visto ustedes?  
BASIL. No; pero grita con nosotros para que venga todo el



mundo: ladro... (Antes de acabar la frase, se presenta Rosendo.)

## ESCENA XI.

DICHOS, ROSENDO.

ROSENDO. Señores, callen por Dios, y no me pierdan; aquí no hay mas ladron que yo. (Todos huyen al otro lado del teatro.)

BRUNO.

BASIL.

MIGUEL.

ELEUT.

} Cielos!!

BRUNO. Y usted, quién es?

ELEUT. Es él, padre.

BRUNO. Su alteza?

ELEUT. El mismo.

BRUNO. Arrodillaos. (Á los demas.) Cómo, señor, vuestra (Á Rosendo.) alteza *retraído* en ese armario? yo le suplico se digne perdonarme... (y es guapo) la falta de respeto...

ROSENDO. Levante usted...

BASIL. Ó yo tengo cataratas ó estoy viendo á Rosendito Príncipe...

BRUNO. Eso es; este es el príncipe serenísimo destinado á mi hija.

BASIL. Tú estás loco; si este muchacho es hijo del tio Príncipe y de la tia Farfalla, todos ellos de las Navas del Marqués; pero dudaba, como hace tiempo que no le veia... Conque este es tu príncipe? (Á Eleuteria.)

ELEUT. Si, tia.

BASIL. Y por él has despreciado á mi hijo? Bien vengada quedo; pues cástate, cástate con él, y serás princesa de los paños y de las bacías de afeitar.

BRUNO. Qué es eso?

BASIL. Que tu hija va á ser reina... de una barberia, puesto que su marido es rey... de los barberos.

BRUNO. Desacato como él! contestad, señor, y confundidlos; tales suposiciones... infaman...

ROSENDO. Á mí, no, porque es la pura verdad: soy barbero.

BRUNO. Pero aun cuando ejerza vuestra alteza ahora ese oficio será mientras dure la proscripcion?

ROSENDO. No, señor; será por toda mi vida, porque yo no soy mas que barbero.

BRUNO. Pues no se llama usted Rosendo Príncipe de Farfalla?

ROSENDO. Justo; mi nombre es Rosendo, y mis apellidos Príncipe de Farfalla.

BRUNO. Ah! ya caigo! Y tú qué dices? (Á Eleuteria.)

ELEUT. Para mí será tan marido como si fuera príncipe.

BRUNO. Y para mí tambien, qué diablos? no será usted rico? (Negativa de Rosendo.) pues bien, yo tengo bastante para que lo sea usted; cásese usted con mi hija, que yo se la entrego como alcalde constitucional... y viva la Constitucion. (Me alegro que no sea príncipe porque hubiera tenido que resellarme.)

BASIL. Rosendito, tu tío el canónigo de Avila ha muerto y os ha dejado todos sus bienes.

ROSENDO. Entonces yo tambien soy rico, Eleuteria mia.

ELEUT. Tuya soy.

BRUNO. Punto concluido.

(Al público.)

La pieza ya está acabada,  
público amado y señor,  
si por fortuna te agrada,  
haznos ahora el favor  
de darnos una palmada.

FIN.



*Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, con la supresiones hechas.*

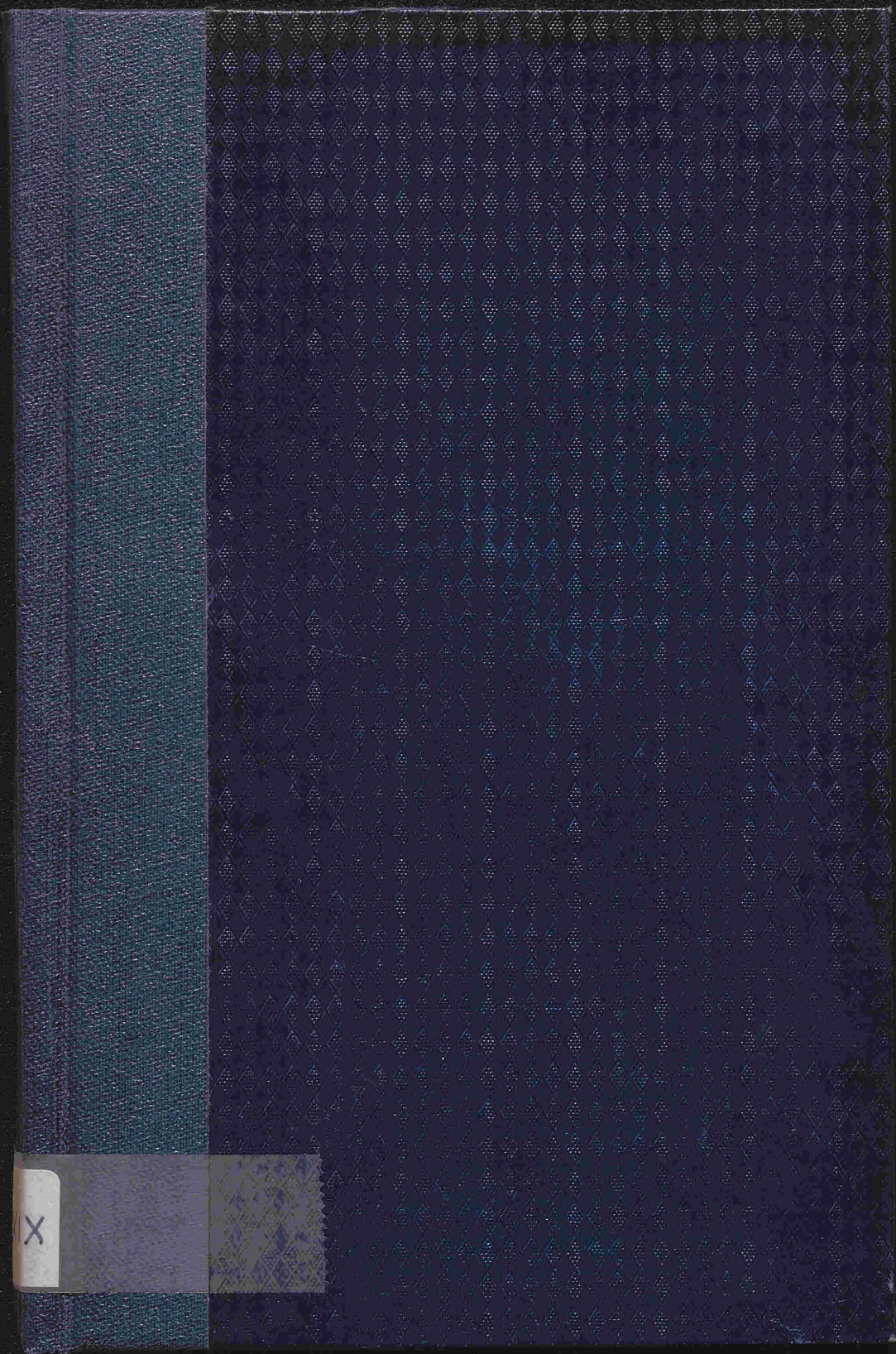
*Madrid 2 de Octubre de 1865.*

El censor de teatros,  
NARCISO S. SERRA.

*Estan hechas las supresiones que marca el Sr. Censor.*

EL AUTOR.

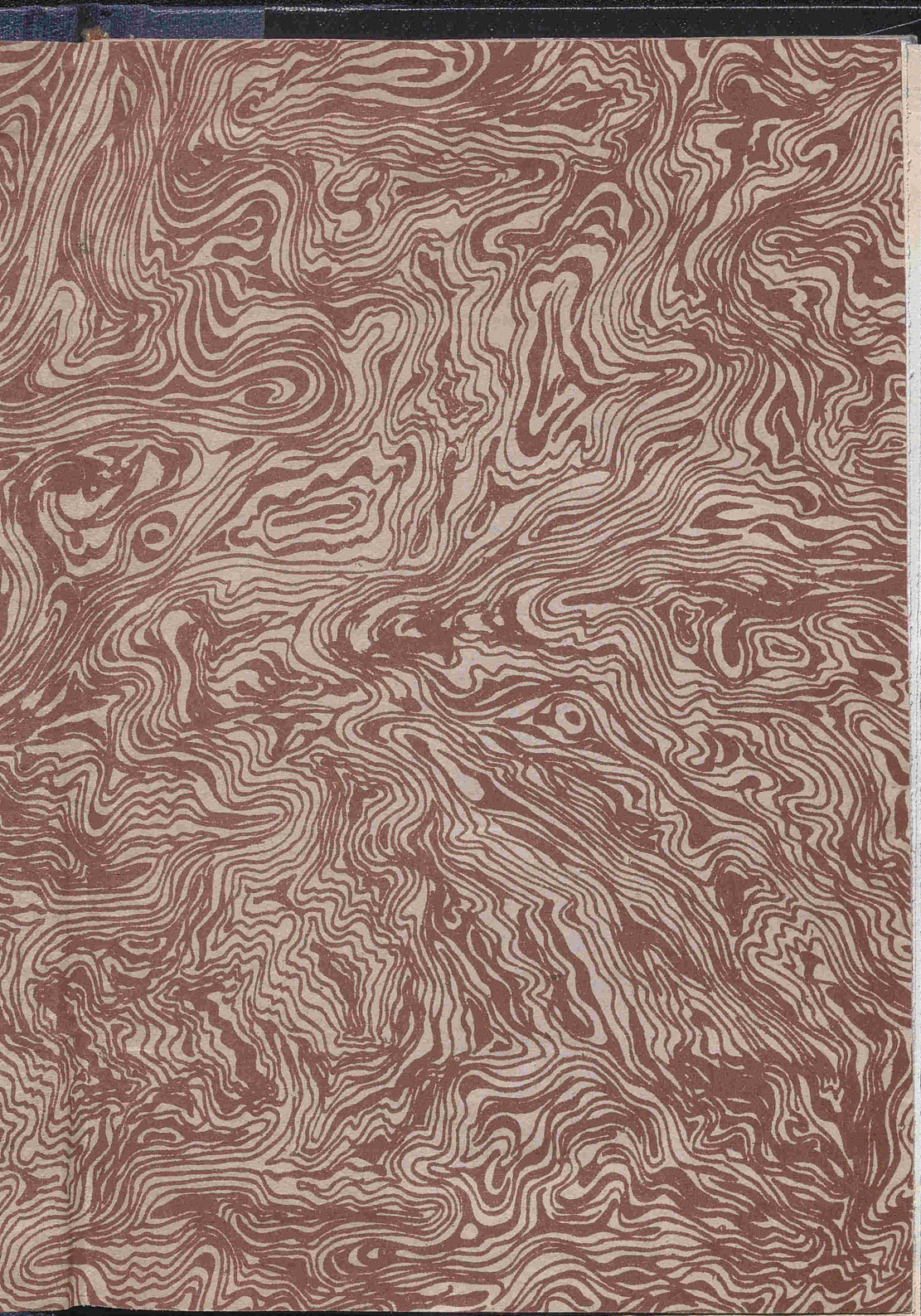




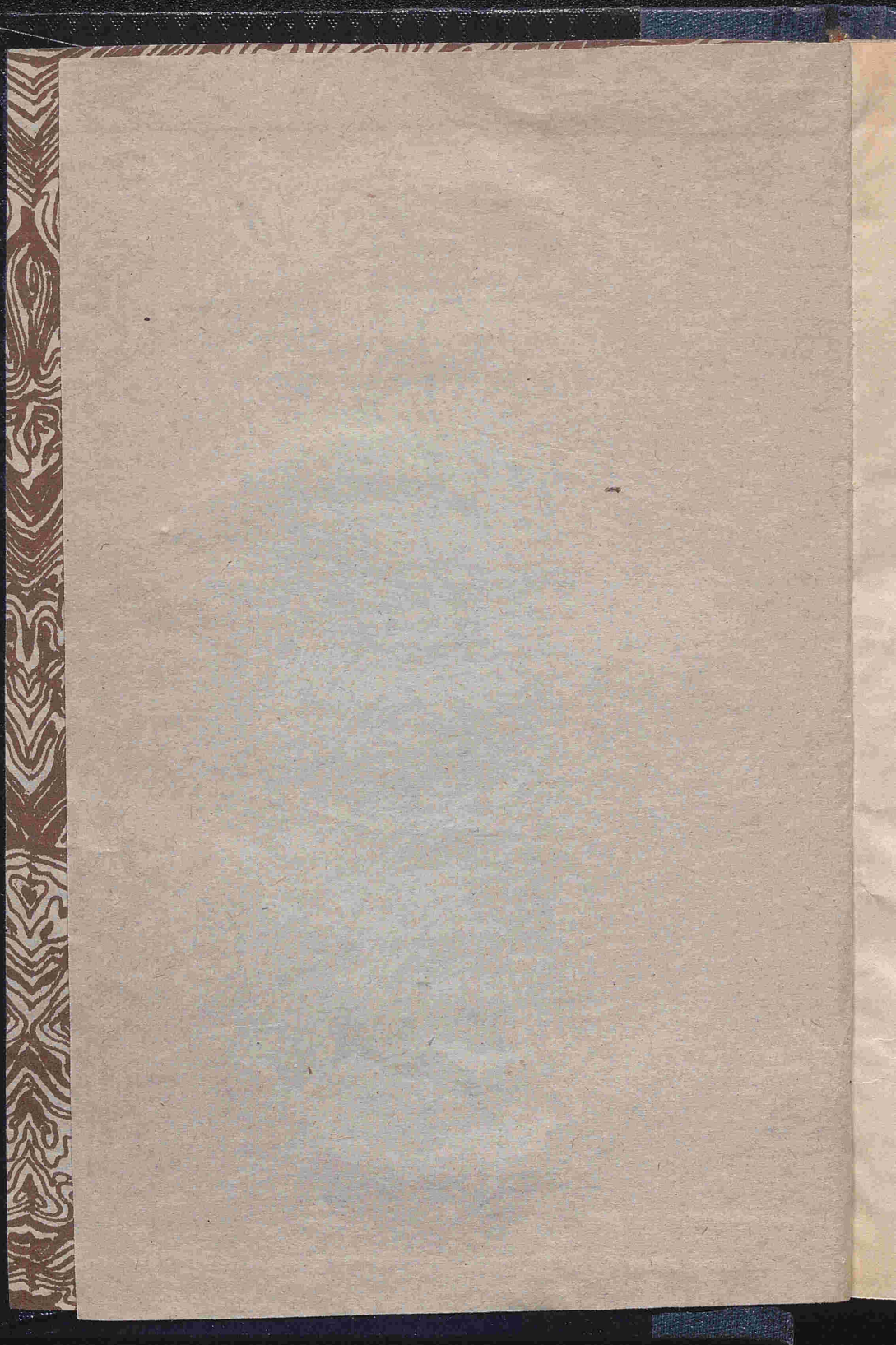


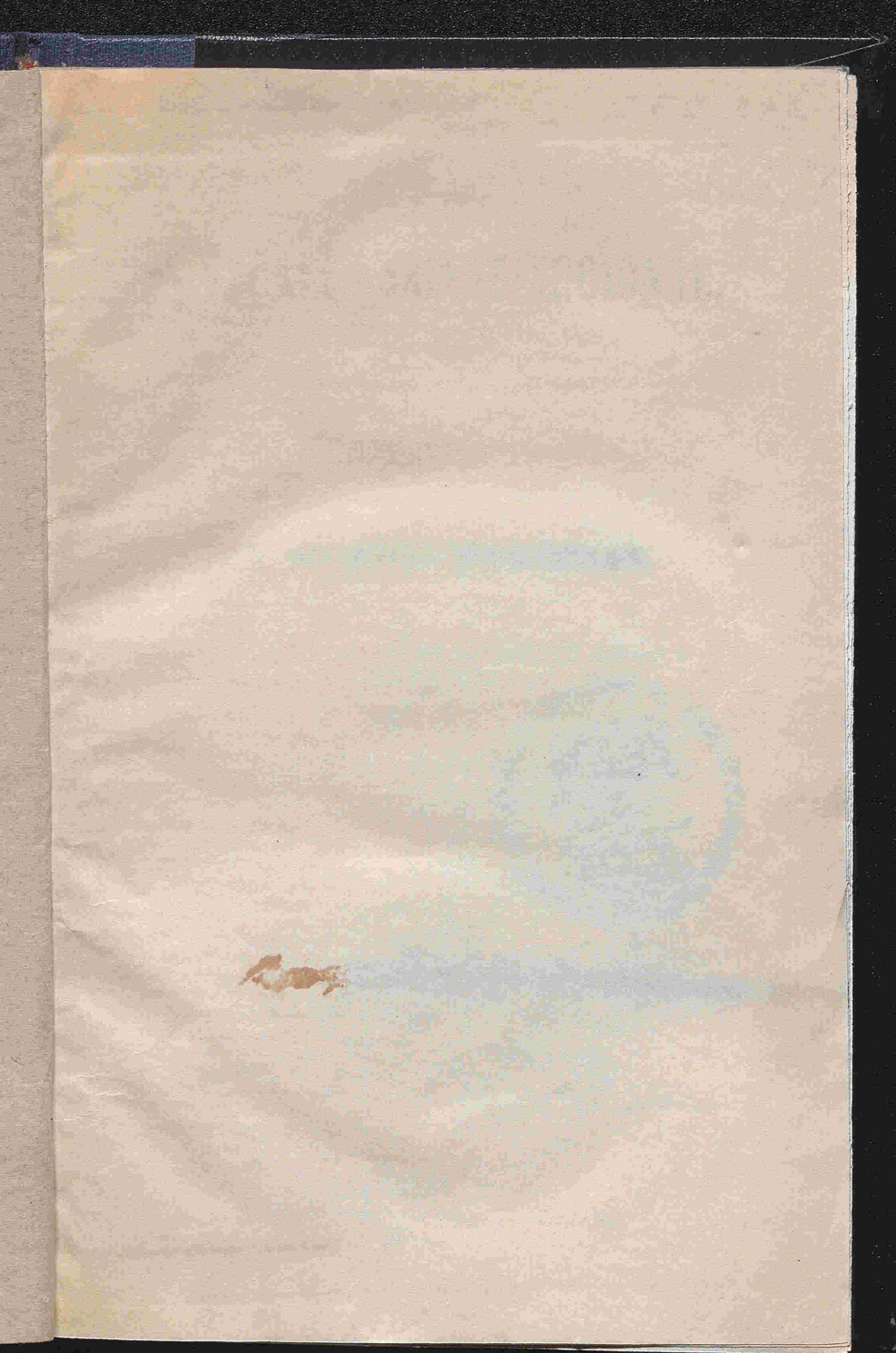




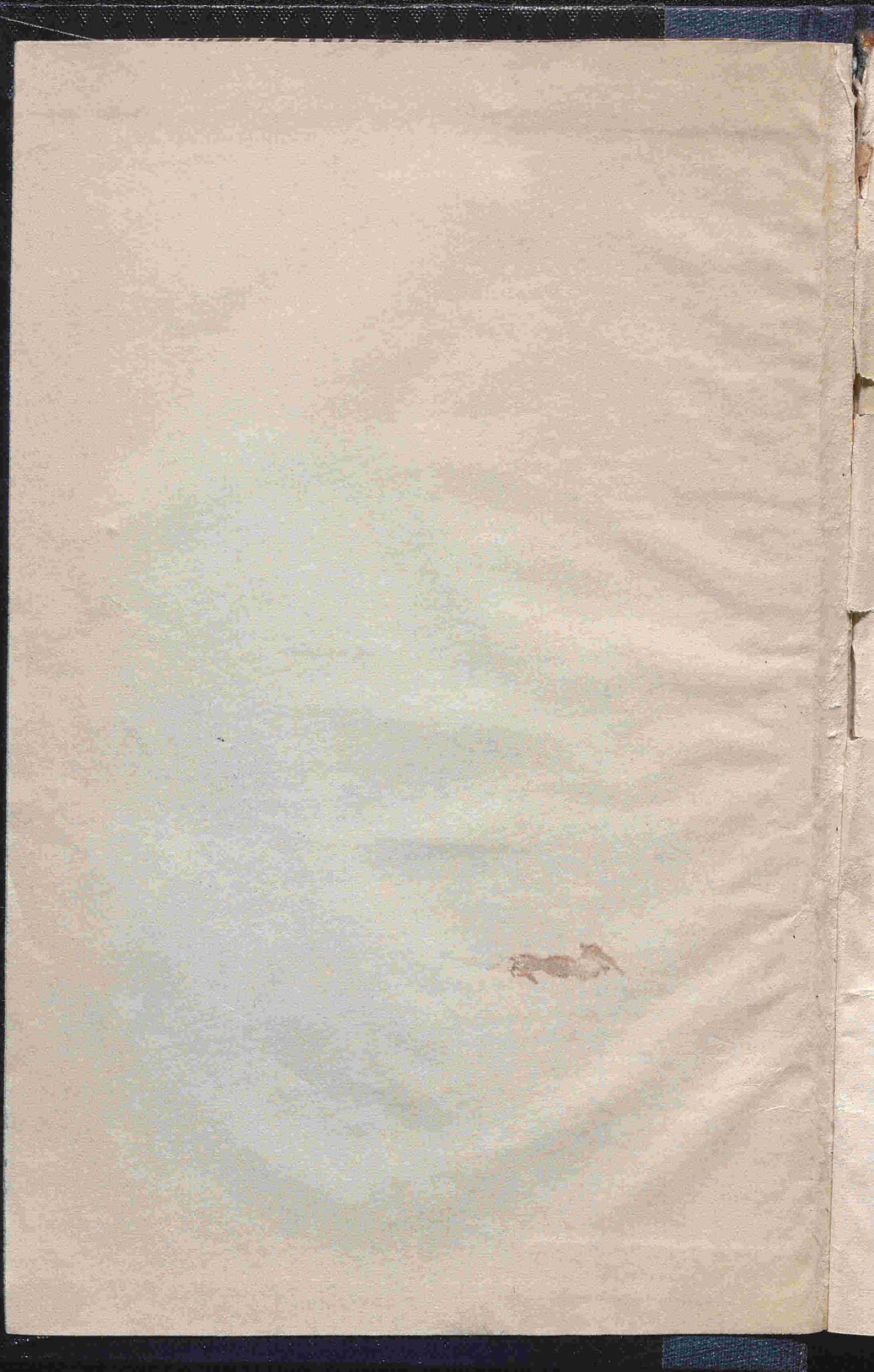












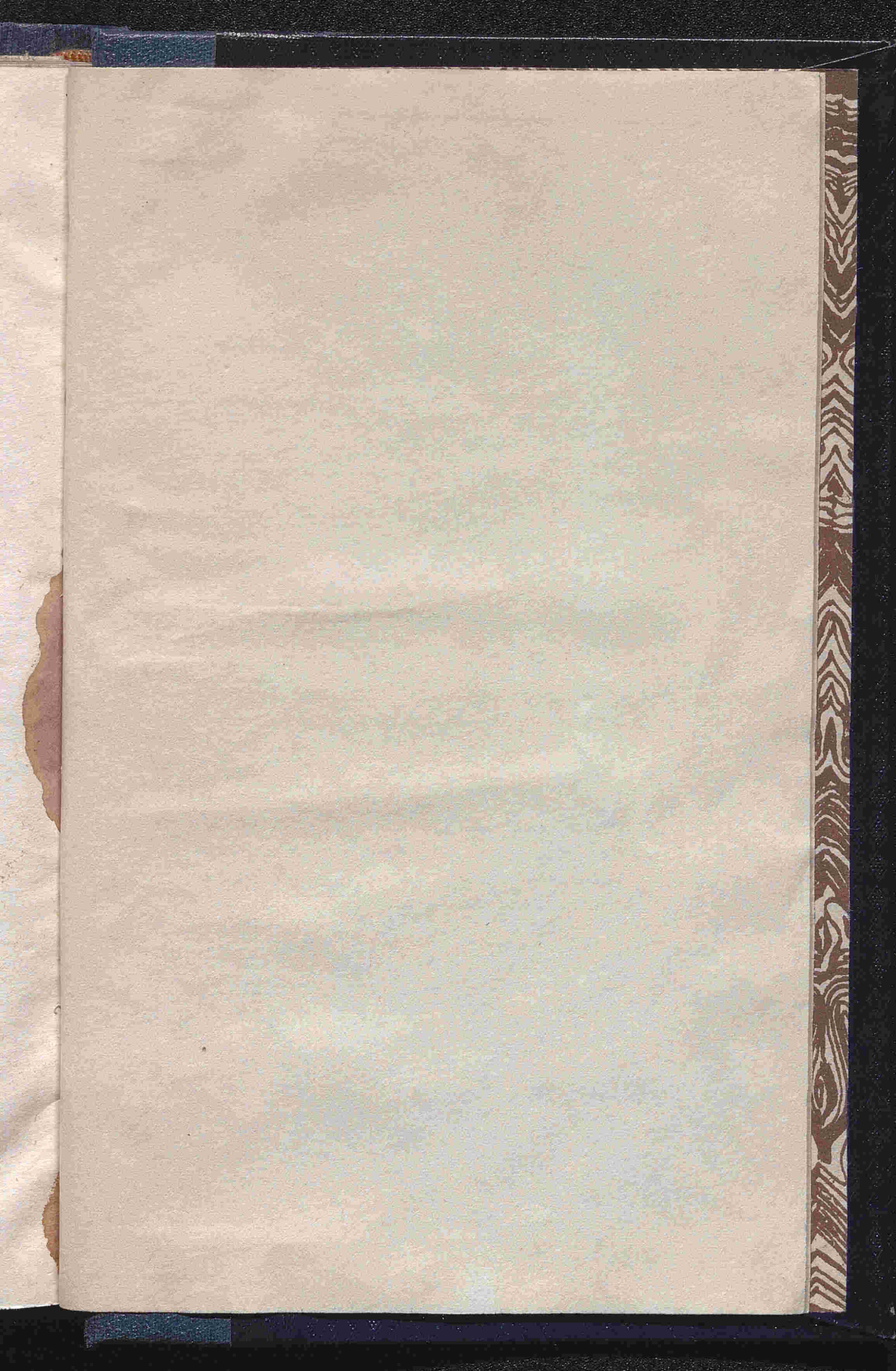
Atendiendo esta comedia, no halló inconveniente en  
que se representase se mismo, con la supresión de  
chica.  
Habiendo 2 de Octubre de 1807.

El censor de teatro  
Narciso St. Anna.  
Faltan hechas las supresiones que marca el Sr. Censor.

El Actor  
Faltan hechas las supresiones que marca el Sr. Censor.

Faltan hechas las supresiones que marca el Sr. Censor.





hasta donde el mar se va a perder  
hasta a donde se pierden, que no son  
estas las ignorancias del mundo que yo  
que soy ignorante.

Vic. Hago más, ya no es necesario que  
de ellos. Hago más, ya no es necesario  
que yo vaya al lado de las cosas  
que, como los ángeles están al lado  
de la tierra. Hago, desde este mundo  
de la tierra de la tierra de la tierra  
de la tierra de la tierra de la tierra.

Cap. A tal es, padre mio, que la tierra  
de la tierra de la tierra de la tierra.

Vic. A tal es, padre mio, que la tierra  
de la tierra de la tierra de la tierra.

Cap. Hago, ya no es necesario que  
de la tierra de la tierra de la tierra  
de la tierra de la tierra de la tierra.

Vic. y la tierra de la tierra de la tierra  
de la tierra de la tierra de la tierra.

Cap. Hago, ya no es necesario que  
de la tierra de la tierra de la tierra  
de la tierra de la tierra de la tierra.

Vic. A tal es, padre mio, que la tierra  
de la tierra de la tierra de la tierra  
de la tierra de la tierra de la tierra.

Cap. Hago, ya no es necesario que  
de la tierra de la tierra de la tierra  
de la tierra de la tierra de la tierra.





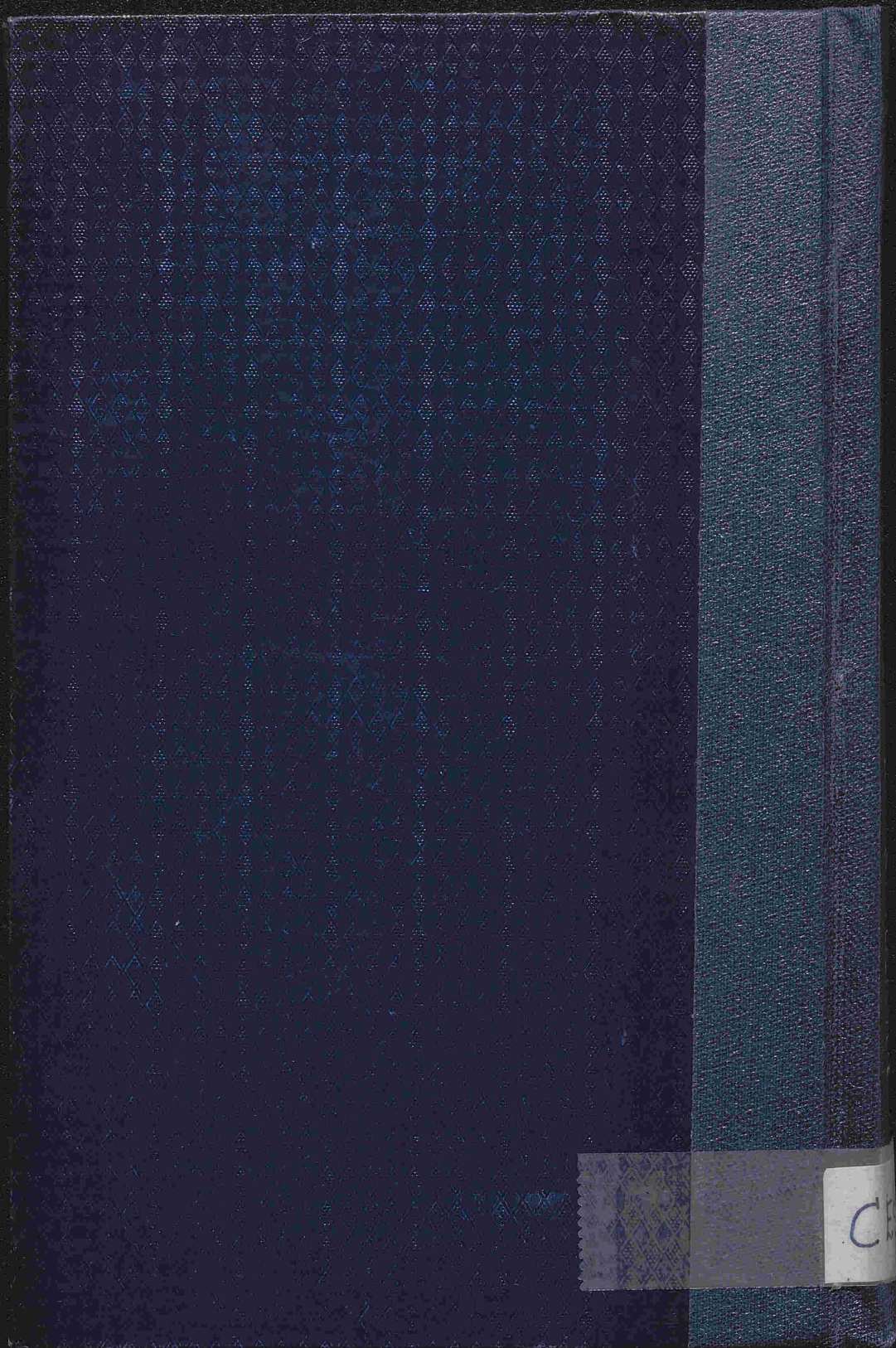














ES-XI

ES COMEDIAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX